La estación que faltaba en el vivero

Shyvirelle · Obra original

La ciudad de Lumbre no tenía invierno. En sus avenidas florecían los mismos árboles en enero y en agosto, y los escaparates anunciaban «primavera garantizada» con la serenidad de quien promete agua corriente. El clima era una prestación más: las compañías de viveros lo mantenían constante para entregar flores puntuales, frutas idénticas y jardines que nunca parecían cansados.

Elo trabajaba en el banco municipal de semillas, un sótano donde aún se archivaban nombres que nadie pronunciaba. Cada cajón llevaba una ficha: tamaño de la semilla, año de recolección, último ensayo de germinación. En la parte de las bajas había una etiqueta que le molestaba especialmente: **narel — especie sin respuesta — extinción probable**.

Su abuela la había llamado fruta de las mañanas lentas. Tenía la piel oscura y una pulpa que cambiaba de sabor después del primer bocado. Elo nunca la había probado. Las semillas procedían de un huerto desalojado mucho antes de que ella entrara en el banco.

La empresa Jardín Único ofreció un certificado definitivo. Bastaba introducir doce semillas en su cámara de clima estándar. Si ninguna brotaba durante un ciclo de cuarenta días, la especie pasaría al registro de material inviable y el cajón se liberaría para nuevos productos. La norma parecía razonable a la gerencia: un organismo útil debía responder dentro del calendario comercial.

—¿Y si su calendario está equivocado? —preguntó Elo.

—Es el calendario que utilizamos para todas nuestras plantas —respondió la representante.

En el banco, las instrucciones más antiguas estaban incompletas. Una ficha decía «frío, deshielo, espera»; la siguiente había perdido la mitad de la tinta. Durante años los técnicos habían intentado imitar esos pasos con semanas de refrigeración y descongelación rápida. Ninguna semilla germinó. La cámara de Jardín Único ofrecía un procedimiento más elegante, no una pregunta distinta.

Una tarde llegó Abi, aprendiz del vivero comunitario de la azotea. Era la persona más joven que Elo conocía capaz de describir el sabor del narel. Lo había probado una vez, de niña, en la mesa de su bisabuela, poco antes de que mantener jardines fuera del circuito certificado se volviera demasiado caro para su familia.

—Primero era dulce —dijo—. Luego parecía que se te enfriaban los dientes, aunque estuvieras al sol. Mi bisabuela decía que había que esperar al segundo bocado.

Elo le enseñó las semillas, pequeñas y cubiertas de una cáscara con dos hendiduras curvas. Abi las miró y se quitó el abrigo.

—Eso estaba en la manga de mi madre.

En el puño de lana había un bordado desgastado: dos curvas superpuestas y, debajo, dos líneas quebradas como montañas. Era una prenda absurda en una ciudad donde nadie necesitaba abrigo. Abi la conservaba porque había pertenecido a su familia; solo se la ponía para ir al patio exterior, donde todavía podía sentirse el aire sin regular.

Elo colocó una semilla junto al bordado. La cáscara dibujaba las dos curvas, pero no las líneas de abajo. Abi recordó que su bisabuela señalaba el puño cuando contaba cuánto había que esperar a la primera cosecha.

—Decía «dos veces se duerme y dos veces se despierta». Yo creía que hablaba de las personas.

Las dos revisaron la ficha rota. A contraluz, debajo de «deshielo», quedaba una marca que ambas habían leído como un número de semanas. Ahora parecía el comienzo de la palabra «otra». No era una receta para enfriar semillas dos veces en un mismo mes. Quizá la planta necesitaba pasar dos estaciones enteras, con la lentitud del suelo, antes de despertar.

Elo escribió una propuesta de ensayo. La dirección se negó a reservar una cámara durante años para doce semillas sin valor comercial. En cambio, le permitió utilizar a su cargo el patio municipal detrás del banco, un rectángulo de tierra que quedaba fuera de las cúpulas de temperatura. Allí existían todavía veranos cortos, otoños ventosos e inviernos reales. La ciudad podía fingir que el tiempo no pasaba; ese rincón no.

Abi ofreció ayuda. Su vivero vendía plantas a las oficinas del barrio y tendría que renunciar a parte de los pedidos para atender las macetas del patio. Hicieron cuentas. Podían perder una quinta parte de los ingresos de temporada. No recibirían un certificado para compensarlo y nadie sabía si lograrían una sola planta.

Plantaron seis semillas. Las otras seis quedaron intactas en el banco, por si su hipótesis resultaba equivocada. Elo no anotó una temperatura mágica ni una cantidad de días. Anotó las fechas del patio, el estado del suelo y la decisión de esperar. No pretendía que aquel procedimiento sirviera para otra especie: el narel tenía sus propias reglas, registradas apenas en fragmentos.

Llegó el primer invierno. La tierra se endureció y, al deshelarse, apareció una pequeña marca plateada en la superficie de una cáscara. No era un brote. Las raíces no habían crecido. Elo estuvo a punto de declarar que había fracasado.

—La primera vez se duerme y se despierta —recordó Abi—. Falta una.

El año siguiente fue incómodo. Los vecinos querían usar el patio para guardar bicicletas. La representante de Jardín Único regresó con la oferta del certificado inmediato. Elo pidió tiempo; la empresa respondió que en el próximo catálogo el narel ya aparecería como material extinguido. En la azotea, Abi redujo el espacio destinado a vender flores. Hubo meses en los que cobró menos de lo que esperaba. Los clientes preguntaban por qué dedicaban trabajo a una planta que no crecía.

—Porque todavía no ha terminado —contestaba, aunque alguna noche no estaba segura.

Durante el segundo invierno, la cáscara plateada volvió a oscurecerse. Una mañana, después del deshielo, Elo encontró una grieta. Al día siguiente salió una raíz. No todas las semillas respondieron: cuatro permanecieron cerradas, una se pudrió y una produjo un tallo pequeño, torcido hacia la luz.

Abi lo miró largo rato, sin tocarlo.

—No sabemos si dará fruta —dijo.

—Sabemos algo más pequeño y suficiente: no estaba muerto.

Cultivaron la planta durante el verano. Para entonces el banco había cambiado de dirección y Jardín Único ofrecía comprar en exclusiva cualquier brote confirmado. La propuesta incluía un pago capaz de compensar todas las pérdidas de Abi, pero obligaba a entregar el material de propagación y dejar de compartirlo. Elo pidió que se respetara el derecho del vivero comunitario a conservar semillas y esquejes. La empresa retiró la oferta.

No hubo celebración pública. En una mesa del patio, con vecinos que ya conocían la historia, Abi preparó un injerto del joven narel sobre un patrón compatible de su vivero. Era una técnica familiar para ella dentro de aquel mundo de plantas diseñadas, pero nadie prometió frutos ni plazos. Entregó el primer injerto a un huerto vecino con una condición sencilla: no vender el derecho a guardar lo que de él naciera.

Solo entonces Elo escribió la solicitud de un nuevo certificado. Adjuntó dos calendarios completos, la evidencia del brote, las pérdidas de producción declaradas por el vivero y una nota donde decía que la prueba no demostraba la viabilidad de todas las semillas conservadas. Pedía corregir el registro de una especie, no transformar una excepción en regla universal.

Lumbre siguió vendiendo primavera. Los anuncios florecían exactamente a la hora prevista. Tras los muros de cristal, en cambio, Abi colgó el abrigo de lana junto a la puerta del patio. Cuando alguien preguntaba por qué estaba allí, lo llevaba a ver una planta pequeña cuya sombra cambiaba de sitio con las estaciones.

—Todavía no hemos probado su fruta —decía—. Esa parte de la historia no ha llegado.

Al principio los visitantes se decepcionaban. Después miraban el tallo y preguntaban cuándo volvería el invierno. Era una pregunta que la ciudad casi había olvidado hacer.